



La insurrección que viene Comité invisible

melusina[sic]

COMITÉ INVISIBLE, *La insurrección que viene*, traducción de Yaiza Nerea Pichel Montoya, Melusina, Barcelona, 2009, 176 pp. ISBN 978-84-96614-73-4. (*L'insurrection qui vient*, 2007).

Es cierto, como se ha indicado, que entre Julián Coupat y Carlos, el terrorista venezolano que ha sido recientemente retratado en el cine, hay algún parecido. Incluso es posible afirmar que la menor es la admiración que levantan entre sus seguidores. Por ello, es de agradecer que Melusina haya traducido *La insurrección que viene*, ahora que el pensamiento radical tiene predicamento. Sin embargo, los motivos reales para la celebración no son sólo los conocidos, la difusión de un texto importante, salvo excepciones maltratado por la censura, sino la oportunidad que brinda su lectura para comprobar que, detrás de los equívocos voluntariamente inducidos, en Tiqqun o el Comité invisible se deja ver un pensamiento articulado destinado a desempeñar un papel creciente en nuestras sociedades. Pensamiento que quiere sacudir la conciencia y llamar descaradamente a la interrupción de un estado de cosas.

A los motivos de celebración hay que añadir una primera virtud: todos los textos de Tiqqun o el Comité invisible, desde *La introducción a la guerra civil* o *Llamamiento*, hasta *La teoría del bloom* y *La insurrección que viene* repiten el gesto implícito en buena parte de la Filosofía política, desde Schmitt a Agamben, a saber, que es el conflicto

y la guerra civil y no el pacto y el contrato lo que está en el origen de la política. Pero el gesto que los singulariza no consiste en dar a ver este punto, mucho más cuando eso lo han hecho ya otros, sino extremarlo hasta la evidencia de un intenso rumor de caos donde crece un malestar casi fisiológico. Muchos de los síntomas apreciables en el escenario actual, las incontables vidas insatisfechas, la multiplicación del paro, los escándalos de Berlusconi o Madoff no son accidentes ocasionales ni momentos de crisis reconocibles. Se trata de la manifestación pura de la ruina, escenarios de catástrofes donde se pone de manifiesto el vacío tras el cual vivimos como si ya no estuviéramos en el mundo, y que se prolongan en las escenas cotidianas que en su especificidad francesa ocupan el grueso de este libro.

La experiencia de ese vacío aterrador, tedio puro como en un momento se afirma (p. 39), se impone por igual en la escuela, en la pareja, en la familia o en las relaciones laborales, todas ellas las caras *visibles* de la misma moneda de cambio con la que nuestra modernidad no para de girar en el vacío. Al tratar de gestionar ese tedio ingestionable no hacemos otra cosa que reproducirlo infinitamente, de manera que como sugieren los títulos de los capítulos sólo podemos avanzar en círculo y reencontrarnos siempre en el punto de partida: ansiar una pareja para luego despreciarla, enseñar lo que nos destruye, creer encontrar la madurez en las manos de un amo, todo para perpetuar el cambio infinito, pero estéril. Escuchar bajo asesoramiento el reloj biológico para que todo siga igual y nunca pase nada. La crisis perpetua se convierte en nuestro escenario natural. Como dice el Comité invisible, hemos devenido máquinas que tratan de manejar obstinadamente su infinita de-



rrota (p. 17). De ahí que el tiempo se transforme en el ritmo de sus propias excepciones, los ámbitos propios desaparezcan y no haya espacio donde puedan idealizarse bajo ninguna perspectiva. Si nuestra forma de vida aloja la pérdida y la muerte como el resorte último de producción de vida, entonces se puede decir que el capitalismo ha conseguido un espacio social que integra una infinita capacidad de relación con la máxima soledad.

Cuando un escenario como este, que privilegia la excepción y la crisis permanente, se extiende a todos los rincones de la vida social y el ámbito de la acción subjetiva permanece anulado, es inútil tratar de reconducir la situación mediante las armas de lo que el comité llama la política clásica. No hay afuera, ni espacio exterior, ni testigo y, como tal, la reflexión y la transformación orientada por mediaciones está condenada a recaer en una reduplicación estética de la vida cotidiana. En este sentido, el proyecto político de izquierda, desde el socialdemócrata al más radical, está condenado a la más insulsa esterilidad. No sorprende la furia desplegada contra los movimientos de sensibilidad crítica y social. La práctica cotidiana de la izquierda, es decir, la conversión de la crítica al capitalismo en una mercancía, es para el comité invisible un señuelo si cabe más peligroso que su presunto opositor. El tono oracular de cierta crítica radical procede mediante una doble negación: no sólo niega la extensión universal de la catástrofe, sino que niega el hecho de haberla negado, lo que no deja de frenar (*Katechón*) el avance revolucionario de las situaciones. La izquierda ha devenido una crítica de salón desde la complaciente poltrona burguesa.

De su liberación, de la producción inmanente de solidaridades, de amistades que no se reduzcan al cálculo de rentabilidad emocional, depende un esbozo de alternativa que esté a la altura de la crítica despiadada a la que someten al mundo. Por ello sería un error considerar *La insurrección que viene* como un texto que elogia la tristeza o la afirmación del fracaso como un camino paradójico mediante el cual poder afirmar un yo. Se trata de todo lo contrario. Se trata de un texto que celebra con optimismos las posibilidades de la acción insurrecta. Concebido todo él en una suerte de pulsión por la acción, es un llamamiento general a todos los mundos, vidas y cuerpos que no aparecen o están agazapados en la pacificación capitalista. En ese sentido es un panfleto temible por encima de todas las cosas; un panfleto que llama a la resistencia activa de lo que se considera intolerable mediante la conjunción exacta de acción y pensamiento. La sospecha de que esta coincidencia pueda darse más allá del arrebató individual en una praxis colectiva convierte a los libros citados en el escenario donde conviven guerra y lenguaje y donde la vida, las cosas y las palabras se articulan con el deseo hasta conformar un acto que provea un sentido que no tenga porque ser el aportado por el biopoder. Sólo éste puede ser el argumento que fundamenta la caracterización de Julián Coupat o Carlos como terroristas, toda vez que acordamos que terrorista es la materialización verbal de la histeria del Imperio cuya tecnificación busca la localización del odio como una exigencia existencial. Terrorista es así la expresión absoluta del enemigo político.

Sin embargo, no está claro que la misma lógica que los trata tendenciosamente de terroristas termine volviéndose en su contra. Desde luego que el insurrecto es un sujeto político, pero no uno que decide la guerra, sino aquel que en el éxtasis colectivo es tomado por la decisión (p. 161). Por eso no veo la manera de que el insurrecto sea sujeto político sin sortear su permanente caída en un automatismo de la repetición compulsivo. La clave ya está sugerida en la médula central de su planteamiento: el reconocimiento de la guerra civil, de la separación intransitable, como secreto de lo político instala al insurrecto en un vacío en el que la existencia se rodea de su propio miedo. Al ser tomado por el miedo, es el propio miedo el que lo transforma todo en la figura del enemigo. No hay aquí un acontecimiento, sino la aclamación de un dios en



el que convergen los síntomas de la vida alienada, los mismos que en la forma de la inversión de la familia, la pareja o la identidad nos informan de la verdad del mundo hoy: igual que la providencia para el cristiano, el acontecimiento dictará su verdad. La autoridad de la guerra civil, de la *stasis*, del tedio hace al sujeto ¿No cristaliza aquí la necesidad de un poder soberano?

José Miguel Burgos Mazas